derrochan y agotan las facultades de la vida, y secan las fuentes de la felicidad verdadera. Habiendo anticipado su primavera, no pueden dar ningún producto sano ni de carácter ni de la inteligencia. Un niño sin candor, una niña sin inocencia, un muchacho sin veracidad, no son espectáculos más lastimosos que el hombre que ha gastado y despilfarrado su juventud en los goces propios. Mirabeau dijo de sí : — *Mis primeros años han desheredado en mucha parte á los siguientes, y desperdiciado gran cantidad de mis facultades vitales.* Así como el mal que hacemos hoy á otro vuelve sobre nosotros mañana, tal así se levantan los pecados de nuestra juventud para castigarnos en nuestra edad madura. Cuando lord Bacon dice que : « el vigor de la naturaleza en la juventud pasa por sobre muchos excesos que queda debiendo el hombre para cuando es viejo, » expone un hecho físico y moral, que no debe dejarse de considerar demasiado en la marcha de la vida. « Os aseguro, — escribió el italiano Giusti á un amigo, que pago un precio caro por mi existencia. « Es evidente que nuestras vidas no están á nuestra disposición. La naturaleza pretende darla grátis al principio, y después manda la cuenta. La peor de las indiscreciones de los jóvenes, no es que destruyan la salud, sino que manchan la virilidad. El joven disipado llega á ser un hombre inficionado; y muchas veces no puede ser puro, aunque lo quiera. Si puede haber cura, sólo podrá ser hallada en la inoculación del alma con un ferviente espíritu del deber, y en la aplicación enérgica al trabajo útil.

Uno de los franceses mejor favorecidos por la naturaleza respecto á grandes dotes intelectuales, fué Benjamín Constant; pero, gastado y hastiado á los veinte años de edad, su vida fué tan solo un prolongado lamento, en vez de la cosecha de grandes hechos que hubiera sido capaz de realizar con ordinaria diligencia y dominio sobre sí mismo. Se determinó á hacer tantas cosas, que nunca hizo, que las personas llegaron á hablar de él como de *Constant el inconstante.* Era un escritor fácil y brillante, y acariciaba la ambición de escribir obras *que el mundo no dejaría perecer en el olvido de buen grado.* Pero mientras Constant afectaba el más elevado pensar, practicaba, desgraciadamente, el más bajo vivir; ni tampoco compensaba el trascendentalismo de sus libros la desgradación de su vida. Frecuentaba las casas de juego mientras estaba ocupado en preparar

su libro sobre religión, y llevaba adelante una intriga deshonrosa mientras escribía su *Adolfo.* Á pesar de todas sus facultades intelectuales, no tenía poder, porque no tenía fe en la virtud. *¡Bah!* dijo, *¿qué son el honor y la dignidad? Cuanto más vivo veo tanto más claramente que no hay nada en ellos.* Era el alarido de un hombre mísero. Se describió á sí mismo diciendo que no era nada más que *ceniza y polvo.* — *Paso como una sombra sobre la tierra,* — dijo — *acompañado por la miseria y el fastidio.* Deseaba tener la energía de Voltaire, y hubiera querido poseer más que su genio. Pero no tenía fuerza de propósito, nada más que deseos : su vida agotada permatuamente, se había convertido en un montón de eslabones quebrados. Habló de sí mismo cómo de una persona que estaba con un pie en el aire. Reconocía que no tenía principios, ni constancia moral. De ahí que con su espléndido talento no logró hacer nada; y, después de vivir miserablemente muchos años, murió gastado y desventurado.

La carrera de Agustín Thierry, autor de la *Historia de la conquista Normanda,* ofrece un contraste admirable con la de Constant. Toda su vida presenta un ejemplo sorprendente de perseverencia, diligencia, *cultura propia,* é infatigable consagración al saber. En la prosecución perdió la vista, perdió la salud, pero nunca perdió su amor á la verdad. Cuando estaba tan débil que era llevado de una pieza á otra en brazos de una enfermera, como un niño imposibilitado, no le faltó nunca su valiente espíritu; y ciego y desvalido como estaba, terminó su carrera literaria con las siguientes nobles palabras : — Si, como creo, el interés de la ciencia figura en el número de los grandes intereses nacionales, he dado á mi país todo lo que le da el soldado mutilado en el campo de batalla. Cualquiera que sea la suerte de mis trabajos, espero que este ejemplo no se perderá. Desearía que sirviese para combatir esa especie de debilidad moral que es la *enfermedad* de la generación presente; para volver á llevar al recto sendero de la vida á algunas de esas almas enervadas que se quejan de no tener fe, que no saben qué hacer, y que buscan en todas partes sin encontrarlo, un objeto de adoración y de admiración. ¿Porque decir con tanta amargura que en el mundo constituído como está, no hay aire para todos los pulmones, ni ocupación para todas las inteligencias? ¿No existe el estudio tranquilo y serio? ¿y no es eso un refugio, una

esperanza, un campo al alcance de todos nosotros? Con él se pasan los malos días sin que se sienta su peso. Cada uno puede formarse su propio destino — cada uno puede emplear noblemente su vida. Esto es lo que he hecho, y volvería á hacerlo si tuviera que comenzar de nuevo mi carrera; escogería aquello que me ha traído á donde ahora estoy. Ciego, y sufriendo sin esperanza, y casi sin intermisión, doy este testimonio, que viniendo de mí no parecerá sospechoso. *Hay* algo en el mundo que es mejor que los goces sensuales, mejor que la fortuna, mejor que la misma salud, es el consagrarse al saber. »

En muchos conceptos se parecía Coleridge á Constant. Poseía facultades igualmente brillantes, pero era igualmente inestable en sus propósitos. Con todas sus grandes dotes intelectuales, carecía del dón de la laboriosidad, y era contrario al trabajo continuado. Carecía también del sentimiento de independencia, y no consideró una degradación dejar que su mujer y sus hijos fuesen mantenidos por el trabajo intelectual del noble Southey, mientras que él mismo se retiró á Highgate Grove para conversar sobre trascendentalismo con sus dicípulos, mirando con desprecio el trabajo honrado que se hacía debajo de él en medio de la niebla y el humo de Londres. Teniendo á su disposición una ocupación lucrativa, se bajaba á aceptar la caridad de los amigos, y, á pesar de las elevadas ideas de su filosofía, se sometía á humillaciones ante las cuales se hubieran retrocedido muchos jornaleros. ¡Cuán diferente en espíritu era Southey! Trabajando no solamente en labor de su propia elección, sino en tareas á veces fastidiosas y desagradables, y buscando y atesorando instrucción incansablemente y con el mayor anhelo, puramente por amor á ella. Todo día, toda hora tenía su ocupación trazada requiriendo puntual cumplimiento los compromisos con los editores; había que proveer debidamente á los gastos corrientes de una casa grande, y Southey no tenía cosecha que le creciera mientras permaneciera ociosa su pluma. — *Mis senderos*, decía á veces, — *son tan anchos como el camino real, y mis recursos están en un tintero.*

Roberto Nicoll escribió á un amigo, después de haber leído los *Recuerdos de Coleridge*: — *¡Qué inteligencia tan poderosa se perdió en ese hombre por carecer de un poco de energía, de un poco de determinación!* El mismo Nicoll era un espíritu leal y valeroso; murió joven, pero no sin haber encontrado y vencido grandes dificultades en la vida. Al principiar su carrera, mientras se ocupaba de un pequeño negocio de librería, se vió agoviado por una deuda de veinte libras esterlinas únicamente, la que según dijo — *sentía que le pesaba como una piedra de molino sobre el cuello* — y que — *cuando la hubiera pagado no volvería nunca á pedir prestado á ningún mortal.* Escribiendo por esta época á su madre, le decía: » no temáis por mí, querida madre, porque me siento crecer en firmeza diariamente y tengo más esperanza en mi ánimo. Cuanto más pienso y reflexiono — y pensar, y no leer, es ahora mi ocupación — siento que, sea que me haga ó no me haga más rico, me estoy haciendo un hombre más discreto, lo cual es mucho mejor. La pesadumbre, la pobreza, y todos los otros animales salvajes de la vida que tanto asustan á otros, soy bastante atrevido para creer que podría mirarlos de frente sin retroceder, sin perder el respeto por mí mismo, la fe en los altos destinos del hombre, ó la confianza en Dios. Hay un punto que cuesta mucho trabajo y lucha mental para ser obtenido, pero que una vez ganado puede un hombre mirar de allí para abajo, como lo hace un viajero desde una elevada montaña, sobre las tormentas que hacen destrozos abajo, mientras que el se pasea tranquilo al sol. No diré que haya ganado aún ese punto en la vida, pero me siento más cerca de él.

No es el reposo, sino el esfuerzo, no la facilidad, sino la dificultad, lo que hace á un hombre. Quizá no hay una posición en la vida, en que haya dificultades contra las que hay que luchar y vencerlas antes que se consiga alcanzar una medida determinada de éxito. Esas dificultades, sin embargo, son nuestros mejores instructores, como nuestros errores forman á menudo nuestra experiencia mejor. Carlos Fox tenía la costumbre de decir que esperaba más de un hombre que erraba y seguía adelante á pesar de su fracaso, que de la boyante carrera del afortunado. — « Todo está bien, — dijo — al decirme que un joven se ha distinguido con un brillante primer discurso. Puede continuar, ó quedar satisfecho de su primer triunfo; pero mostradme un joven que *no* haya tenido éxito al principio y que á pesar de eso ha seguido adelante, y apostaré á favor de ese joven, de que era mejor que la mayor parte de aquellos que han tenido éxito en el primer ensayo.

Aprendemos la sabiduría mucho más del fracaso que del éxito. Descubrimos á menudo lo que *es apropósito*, hallando aquello

que no lo es; y probablemente nunca ha hecho un descubrimiento aquel que nunca ha cometido un error. El fracaso de la tentativa de hacer trabajar una bomba aspirante de agua, cuando el cubo estaba á más de treinta y tres pies sobre la superficie del agua que había que levantar, fué lo que indujo á hombres observadores al estudio de las leyes de la presión atmosférica, y abrió un nuevo campo de investigación al genio de Galileo, Torrecelli, y Boyle. Juan Hunter acostumbraba observar que el arte de la cirujía no adelantaría hasta que los hombres de la profesión no tuvieran el valor de publicar sus fracasos lo mismo que sus éxitos. El ingeniero Watt dijo que lo que más falta hacía en la ingeniería mecánica era una historia de los fracasos: — *Necesitamos*, — dijo — *un libro de borrones.* — Una vez que se mostró á sir Humphry Davy un experimento hábilmente manipulado, dijo: — « Doy gracias á Dios por no haber sido hecho un hábil manipulador, porque mis descubrimientos más importantes, me han sido sugeridos por los fracasos. » Otro investigador distinguido en las ciencias físicas ha dejado expuesto que, cada vez que en el curso de sus investigaciones encontraba algún obstáculo aparentemente insuperable, se hallaba generalmente inmediato de algún descubrimiento. Las cosas más grandes — los grandes pensamientos, descubrimientos, invenciones — han sido generalmente alimentadas en la penalidad, muchas veces fueron examinadas con madurez en medio de los sinsabores, y por fin establecidas con dificultad.

Beethoven dijo de Rossini que tenía en sí el material para haber sido un buen músico, con sólo que le hubieran azotado bien cuando muchacho; pero que se había echado á perder por la facilidad con que producía. Los hombres que sienten en sí sus fuerzas no deben temer tropezar con opiniones opuestas; tienen razones muchísimo más grandes para temer el elogio inmerecido y una crítica demasiado amistosa. En el momento en que Mendelssohn iba á entrar en la orquesta de Birmingham, en la primera ejecución de su *Elijah*, dijo riéndose á uno de sus amigos y críticos: — *¡Clavadme vuestras uñas! ¡no me digáis lo que os gusta, sino aquello que no os gusta!*

Se ha dicho, y con verdad, que la derrota y no la victoria es lo que prueba mejor á un general. Wáshington perdió más batallas que las que ganó; pero al fin tuvo éxito. Los Romanos principiaban sus más victoriosas campañas casi siempre con derrotas. Moreau era comparado por sus compañeros á una caja de tambor, que nadie oye sino cuando se la golpea. El genio militar de Wellington fué perfeccionado por los tropiezos con las dificultades aparentemente de un carácter lo más insuperable, pero que sólo servían para impeler su resolución, y poner mejor de manifiesto sus grandes cualidades como hombre y como general. Así el hábil marino obtiene su mejor práctica en medio de las tormentas y de las tempestades, que lo amaestran en la confianza en sí mismo, el valor, y la más elevada disciplina; y nosotros debemos probablemente á nuestros mares tempestuosos y á las noches obscurecidas por la neblina, el mejor perfeccionamiento de nuestra raza inglesa de marinos, quienes seguramente no tienen quien los supere en el mundo.

La necesidad podrá ser una maestra de escuela muy rígida, pero se ve que es generalmente la mejor. Aunque la ordalía de la adversidad nos hacer etroceder naturalmente, tenemos, sin embargo, que salirla al encuentro valerosamente cuando llega. Burns dice con verdad:

> Auque las pérdidas y las penalidades son lecciones severísimas, hay allí ingenio, que sólo en ellas encontraréis, y que en ninguna otra parte podréis hallar. (1)

« Suaves, en verdad, son los modos de la adversidad. » Nos descubren nuestras facultades, y despiertan nuestra energía. Si existe verdadero valor en el carácter, al igual de olorosas hierbas, darán sus más suaves fragancias cuando sean exprimidas. — *Las cargas*, — dice el antiguo proverbio, — *son las escaleras que conducen al cielo.* — *¿Que es hasta la pobreza misma*, — pregunta Richter, — *para que un hombre murmure de ella? No es más que el dolor que causa el abrir la oreja á una niña, y le colgáis preciosas alhajas en la herida.* En la experiencia de la vida se ve que la saludable disciplina de la adversidad en las naturalezas fuertes lleva consigo generalmente una influencia conservadora. Se advierte que muchos son capaces de soportar con valor las privaciones, y que tropiezan y luchan alegre-

(1) *Though losser and crosses*
Be lessons right severe,
Therés wit there, you' il get there,
You' il find no other where.

mente con las dificultades, pero que después son incapaces de resistir las influencias más peligrosas de la propiedad. Únicamente á un hombre débil despoja el viento de su capa; un hombre de mediana fuerza está en más peligro de perderla cuando le hieren los rayos de luz de un sol demasiado genial. De ahí que á menudo se necesite una disciplina más elevada y un carácter más fuerte para resistir durante la buena suerte que en la adversidad. Algunas naturalezas generosas se vigorizan con la prosperidad, pero hay muchos en quienes la fortuna no tiene tal influencia. Á los corazones ruines no hace sino endurecerlos, y convierte en bajos y orgullosos á aquellos que eran viles y serviles. Pero mientras que la prosperidad es apta para endurecer el corazón en el orgullo, servirá la adversidad para madurarlo en fortaleza, en un hombre de resolución. Según decía Burke: — « La dificultad es un preceptor severo, puesto sobre nosotros por el supremo mandato de un guardián é instructor paternal, que nos conoce mejor de lo que nosotres mismos nos conocemos, como que nos ama también mejor. Aquel que lucha contra nosotros fortifica nuestros nervios, y aguza nuestra habilidad; nuestro antagonista es nuestro auxiliar.» Sin la necesidad de combatir con las dificultades podría ser más fácil la vida, pero los hombres valdrían menos, porque las pruebas mejoradas prudentemente muestran el carácter, y enseñan la *ayuda propia*; por eso es como la misma penalidad puede resultar sernos de disciplina saludable, aunque no la reconozcamos. Cuando el valiente joven Hodsón, fué separado injustamente de su mando en la India, se sintió abatido por la calumnia y la inmerecida injusticia, pero conservó sin embargo el valor para decir á un amigo: « Lucho por mirar atrevidamente de frente á lo peor, como lo haría con un enemigo en un campo de batalla, y he de cumplir resueltamente el trabajo que me está asignado y del mejor modo que pueda, satisfecho de que hay una razón para todo; y que hasta los deberes enfadosos bien cumplidos llevan consigo su propia recompensa, y que aún no siendo así *son* de todos modos *deberes*.

La batalla de la vida se combate cuesta arriba, en la mayoría de los casos; y ganarla sin lucha sería ganarla quizá sin honra. Si no existieran dificultades no habría éxitos; si no hubiese nada porque luchar, no habría nada que realizar. Las dificultades podrán intimidar á los débiles, pero obran como un estímulo

saludable sobre los hombres de resolución y de valor. En verdad, toda experiencia de la vida solo sirve para probar que los impedimentos arrojados en el camino del progreso humano pueden ser vencidos en su mayor parte por una conducta firme y constante, un celo honrado, actividad y perseverencia, y sobre todo, por una resolución determinada para superar las dificultades, y mantenerse de pie virilmente contra el infortunio.

La escuela de la dificultad es la mejor escuela de disciplina moral, tanto para las naciones como para los individuos. La historia de todas las cosas grandes y buenas que hasta ahora han ejecutado los hombres. Es difícil decir cuánto deben las naciones del norte á su clima comparativamente rudo y variable, y á un suelo estéril, en su orígen, que es una de las necesidades de su condición, que envuelve una lucha perenne con dificultades tales de las que los naturales de climas más favorecidos por el sol no tienen idea. Y quizá á esto se debe que aunque son exóticos nuestros mejores productos, la habilidad y la laboriosidad que han sido necesarias para crearlos, han dado por resultado la producción de una raza de hombres que no tiene superior en e globo.

Do quiera que haya dificultad, tiene que salir el hombre individual mejor ó peor. La lucha con ella adiestrará su fuerza, y disciplinará su habilidad, vigorizándole para el esfuerzo futuro como el andarín al ser amaestrado á correr cuesta arriba, llega después á hacer con facilidad su carrera. El camino del éxito puede ser escarpado para subirlo, y pondrá á prueba la energía de aquel que quiera llegar á la cúspide. Pero el hombre aprende muy luego por la práctica, que los obstáculos tienen que ser vencidos yéndose á las manos con ellos; que la ortiga se pone suave como la seda cuando se la coge sin miedo; y que la ayuda más eficaz para realizar el objeto que uno se propone, es la convicción moral de que podemos y queremos llevarlo á cabo, de ese modo desaparecen por sí mismas las dificultades ante la determinación de vencerlas.

Mucho se hará con solo intentarlo. Nadie sabe lo que puede hacer hasta que lo ha probado; y pocos intentan hacer todo lo que pueden hasta que se ven obligados á efectuarlo. « *Si* yo pudiera hacer tal ó cual cosa, » suspira el desalentado joven. Pero nada se hará si se limita á desear. El deseo debe convertirse en propósito y esfuerzo; y una enérgica tentativa vale más

que mil deseos vehementes. Estos espinosos *si* son los clamores de la impotencia y de la desesperación — los que tan á menudo cercan el campo de la posibilidad, é impiden que se haga algo, ó que siquiera se intente hacerlo. — Una dificultad, — dijo lord Lyndhurst, es una cosa que hay que vencer, lucha de una vez á brazo partido con ella; la facilidad llegará con la práctica, y el vigor y la fortaleza con el esfuerzo repetido. De ese modo puede ser adiestrada la inteligencia y el carácter en una disciplina casi perfecta, y puestas en aptitud de obrar con gracia, espíritu, y libertad, casi completamente incomprensibles para aquellos que no han pasado por una experiencia semejante.

Todo lo que aprendemos es ya dominar una dificultad, y el dominio de una ayuda para el dominio de otras. Cosas que á primera vista pueden aparecer de poco valor comparativamente para la educación, tales como el estudio de las lenguas muertas, y las relaciones de las líneas y de las superficies que llamamos matemáticas, son realmente del mayor valor práctico, no tanto por la instrucción que ellas dan, cuanto por el desarrollo que compelen. El dominio de estos estudios evoca el esfuerzo, y cultiva la faculdad de la aplicación, que de otro modo pudo haber quedado aletargado. De esa manera conduce una cosa hacia la otra, y así continua la obra á través de la vida combatiendo con la dificultad que sólo concluye cuando la termina la vida y la cultura. Pero entregarse al sentimiento del desaliento nunca ayudó á persona alguna para vencer una dificultad, y jamás lo hará. El consejo de D'Alembert al estudiante que se lamentaba de falta de éxito en dominar los primeros elementos de las matemáticas, era verdadero : — *Seguid, señor, y la fe y la fuerza irán á vos.*

La bailarina que hace una pirueta, el violinista que toca una sonata, han adquirido su destreza con la paciente repetición, y después de muchos fracasos. Cuando Carissime fué elogiado por la soltura y la gracia de sus melodías, exclamó : — *¡ Ah! ¡poco os imagináis con cuánta dificultad ha sido adquirida esta soltura!* Una vez que se le pregentó á sir Joshuá Reynolds cuánto tiempo había empleado en la pintura de cierto cuadro, contestó : — *Toda mi vida.* Enrique Clay, el orador americano, al dar consejos á unos jóvenes, les describía así el secreto de su éxito en el cultivo de su arte : « Debo mi éxito en la vida, — dijo — principalmente á una circunstancia, que á la edad de veinte y siete años principié, y continué por muchos años, la tarea de leer y hablar diariamente sobre el contenido de algún libro histórico ó científico. Estos esfuerzos de improvisación eran hechos algunas veces en un sembrado, otras en un bosque, y muy frecuentemente en un galpón lejano, teniendo al buey y al caballo por auditorio. Á esta temprana práctica del arte de las artes debo los impulsos primeros y capitales que me estimularon á seguir adelante y han dado forma y modelado mi destino subsiguiente. »

Curran, el orador irlandés, tenía un fuerte defecto de articulación cuando era joven, y en la escuela era conocido por el *tartamudo Juanucho Curran.* Mientras se dedicaba al estudio del derecho, y luchando aún para vencer aquel defecto, fué aguijoneado hacia la elocuencia por los sarcasmos de un individuo de un club de discusión, quien le señaló como á el *orador silencioso;* porque, lo mismo que Cowper, cuando se puso de pie en una ocasión anterior, no había podido Curran pronunciar ni una palabra. La mofa le hirió y contestó en un discurso triunfante. Este descubrimiento casual de sí mismo sobre el dón de la elocuencia, le estimuló para continuar en sus estudios con renovada energía. Corrigió su enunciación leyendo alto, enfática y distintamente, los mejores pasajes de literatura durante varias horas cada día, estudiando su fisonomía ante un espejo, y adoptando un método de accionar conveniente á su cara bastante tosca y sin gracia. También se ponía casos á sí mismo, que contradecía con tanto cuidado como si hubiera estado dirigiéndose á un jurado. Curran principió su carrera con la calificación que lord Eldon manifestó que era el primer requisito para alcanzar fama, esto es : — *no poseer ni un chelín siquiera.* Mientras hacía laboriosamente su camino en el foro, oprimido aun por el defecto que lo había agoviado en su club de discusión, fué provocado en una ocasión por el juez (Robinson) á quien le pagó una frase descortés con otra mucho más fuerte. En el caso que se discutía, observó Curran : — *que nunca había encontrado la ley como la presentaba su señoría, en ninguna biblioteca.— Es posible, señor,*— dijo el juez con tono desdeñoso, — *pero sospecho que vuestra biblioteca es muy pequeña.* Era notorio que su señoría era un partidario político furioso, autor de varios folletos anónimos caracterizados por una violencia y un dogmatismo inusitado. Curran, excitado por la alusión hecha á sus circunstancias limitadas, contestó así : « Es cierto, lo que dice su señoría, de que soy pobre, y esta circunstancia ha hecho que sea limitada mi biblioteca; mis libros no son